

Thénardier tenía razón, este detalle era exacto y positivo, bien que él se le hubiera escapado á Marius en su turbación. El señor Leblanc había pronunciado apenas algunas palabrassolamente, sin levantar la voz, y aún en medio de su lucha junto á la ventana con los seis bandidos, había él guardado siempre el más profundo y más raro silencio. Thénardier prosiguió :

— ¡Pardiez! aunque usted hubiera gritado un poco de ¡ladrones! ¡ladrones! yo no lo hubiera hallado fuera de razón. ¡Asesinos! también es cosa que suele gritarse en ocasiones dadas, y por lo que hace á mí, no lo hubiera extrañado tampoco, ni tomado en mal sentido. Es muy natural que se arme un poco de ruido y alboroto cuando uno se halla así entre personas que no le inspiran suficiente confianza. Aún cuando usted lo hubiera hecho, nadie aquí se lo habría estorbado. Ni siquiera se le habría á usted puesto mordaza. Y yo le diré por qué. Es que este cuarto es muy sordo. Él no tiene de bueno nada más que esto, pero bajo este punto de vista es inmejorable. Esta habitación es un sótano, una cueva, una caverna. Aunque se disparara aquí una bomba, no haría ella para el cuerpo de guardia más cercano mayor ruido que el que hace al roncar un borracho. Aquí el cañon haría bum, y el trueno haría puf. Este es un alojamiento cómodo. Pero en fin, no ha gritado usted, tanto mejor, y yo le felicito por haber obrado así, y voy á decirle lo que yo deduzco de esto: Querido señor mío, cuando se grita, ¿quién es quien viene? la policía. ¿Y después de la policía? la justicia. ¡Pues bien! usted no ha gritado; conque esto prueba que no tiene más prisa que nosotros de ver llegar á la justicia y á la policía. Es que sin duda, — y hace mucho tiempo que yo ya lo sospechaba, — tiene usted cierto interés en ocultar algo. Nosotros por nuestra parte tenemos el mismo interés. Por consiguiente, podemos entendernos muy bien.

Mientras que hablaba de esta suerte, parecía que Thénardier, con su pupila fija en el señor Leblanc, procuraba elevar las puntas aceradas y agudas que salían de sus ojos en el fondo de la conciencia de su prisionero. Por lo demás, su lenguaje, marcado con una especie de insolencia modesta y solapada, era reservado, casi escogido, y en aquel miserable que no era poco ántes sino un bandido como los otros, se reconocía bien ahora al « hombre que ha estudiado para clérigo. »

El silencio que había guardado el prisionero, aquella precaución que iba hasta olvidar el cuidado de su propia vida, aquella resistencia opuesta al primer movimiento de la naturaleza, que es el lanzar un grito, todo esto, preciso es decirlo, desde el momento en que se hizo la observación, era asaz importuno para Marius, y le llenaba de pena extrañeza.

La observación, tan fundada, de Thénardier oscurecía aún para Marius las misteriosas densidades bajo las cuales se ocultaba aquella figura grave y extraña á la cual había lanzado Courfeyrac el apodo del señor Leblanc. Pero cualquiera que él fuese, amarrado con cuerdas, rodeado de verdugos, medio sepultado, por decirlo así, en una fosa que se iba ahondando debajo de él un grado en cada instante, ante el furor como ante la amabilidad de Thénardier, aquel hombre permanecía siempre impassible; y Marius no podía ménos de admirar en tan críticos momentos aquel semblante tan melancólico y tan altivo á la vez.

Evidentemente aquella era un alma inaccesible al miedo, y que no sabía lo que es perder el tino, ni la paciencia y serenidad. Era uno de esos hombres que dominan el asombro de las situaciones desesperadas. Por más extrema que fuese ya la crisis, por más inevitable que pareciera la catástrofe, nada había en él de la agonía del ahogado que debajo del agua abre ojos horribles.

Thénardier se levantó sin afectación, dirigióse á la chimenea, apartó el biombo, apoyándole en el camastro inmediato, y puso así al descubierto el hornillo lleno de brasas en el cual podía el prisionero ver perfectamente el escoplo hecho ascuas, de un rojo enalzado y moteado á trechos de estrellitas de escarlata.

En seguida volvió otra vez Thénardier á sentarse junto al señor Leblanc, y le dijo :

— Continúo, pues, lo que le estaba diciendo á usted. Podemos entendernos perfectamente. Arreglemos esto como buenos amigos. Yo he hecho mal en encolerizarme hace poco, no sé cómo se me fué la chabeta, he ido demasiado lejos, me he excedido, he dicho mil extravagancias. Por ejemplo, porque es usted millonario, le he dicho que le exigía dinero, mucho dinero, inmensas sumas de dinero. No. Esto no sería justo ni razonable. ¡Válgame D'os! por más que usted sea muy rico, opulento, tiene también sus obligaciones, sus gastos; sus cargas, ¿quién no las tiene en este mundo? yo no quiero arruinarle á usted; no soy ningún codicioso, ni ningún avaro, sobre todo. No soy de esas gentes que, porque gozan de las ventajas de la posición, se aprovechan de ellas para ser ridículas. Vea usted, yo también pondré de mi parte y haré desde luego un sacrificio. Me contentaré con la miseria de doscientos mil francos.

El señor Leblanc no contestó ni una sola palabra. Thénardier prosiguió :

— Ya usted ve que no dejo de echar bastante agua en mi vino. Yo no conozco el estado de su fortuna de usted, pero sé muy bien que no suele reparar en el dinero, y un hombre benéfico como usted puede muy bien dar doscientos mil francos á un padre de familia que no es nada dichoso. — Ciertamente que usted también es razonable, y que no se ha figurado que yo me tomase todo este trabajo que hoy me he tomado, y que organizaria la partida

de esta noche, que es una obra maestra del arte, como estos mismos señores lo reconocen, para venir á parar, por remate de cuentas, en pedirle á usted con que beber un poco de vinotinto á quince sueldos el litro y comer una loncha de ternera en la fonda de Desnoyers. Esta obra que yo he elaborado vale bien sus doscientos mil francos. Una vez que esta hagatela haya salido de su bolsa de usted, yo le respondo de que todo habrá concluido, y que no tendrá que temer ni el más simple papirote. Usted me dirá : pero si yo no traigo conmigo doscientos mil francos. ¡Oh! yo no soy exagerado. No exijo eso. Sólo le pediré á usted una cosa : que tenga la bondad de escribir lo que voy á dictarle.

Aquí Thénardier se interrumpió, y después añadió, acentuando bien sus palabras y lanzando una maligna sonrisa hácia el lado del hornillo en ascuas :

— Le prevengo á usted que yo no admitiría la excusa de que no sepa escribir.

Un grande inquisidor habria podido envidiar aquella sonrisa.

Thénardier empujó la mesa hasta colocarla junto al señor Leblanc, y tomó el tintero, una pluma y un pliego de papel del cajón que procuró dejar entreabierto y dentro del cual brillaba la larga hoja del cuchillo.

En seguida puso el pliego de papel delante del señor Leblanc.

— Escriba usted, le dijo.

El prisionero habló al fin :

— ¿Cómo quiere usted que escriba, si estoy maniatado?

— ¡Es verdad, perdone usted! contestó Thénardier tiene usted mucha razón.

Y dirigiéndose á igrenaille :

— Desate usted el brazo derecho al señor, le dijo.

Panchaud, alias Printanier, alias Bigrenaille, ejecutó al

momento la órden de Thénardier. Cuando estuvo en libertad la mano derecha del prisionero, Thénardier mojó la pluma en el tintero y se la presentó, diciéndole :

— No pierda usted de vista, señor mío, que está usted en nuestro poder, á nuestra discrecion, que ningun poder humano es capaz de sacarle de aquí y que verdaderamente sentiríamos en el alma vernos obligados á recurrir á los extremos más desagradables. Yo no sé cuál es su nombre de usted, mi conozeo tampoco las señas de su casa ; pero leprevengo que permanecerá aquí atado hasta que la persona encargada de llevar la carta que usted va á escribir haya vuelto, dejando evacuada su comision. Ahora tenga usted la bondad de escribir.

— ¿ Qué es lo que he de escribir ? preguntó el prisionero.

— Yo lo dictaré.

El señor Leblanc tomó la pluma.

Thénardier empezó á dictar :

— « Hija..... »

El prisionero dió un vuelco estremeciéndose, y clavó los ojos en Thénardier.

— Ponga usted « mi querida hija, » dijo Thénardier.

El señor Leblanc obedeció, Thénardier continuó :

— Ven inmediatamente..... »

— Aquí se interrumpió :

— La tutea usted, ¿ no es verdad ?

— ¿ Á quién ? preguntó el señor Leblanc.

— ¡ Pardiez ! dijo Thénardier á la chica, á la Calandria.

El señor Leblanc respondió sin mostrar la menor emocion :

— No sé lo que usted quiere decir.

— Pues continúe usted, repuso Thénardier, y volvió él á proseguir dictando :

— « Ven inmediatamente. Tengo absoluta necesidad » de ti. La persona que te entregará esta carta está en-

» cargada de conducirte adónde yo estoy. Aquí te espero.  
» Ven con confianza. »

El señor Leblanc habia escrito todo esto. Pero Thénardier repuso :

— ¡ Ah ! borre usted la última frase que dice : *Ven con confianza*; pues podria dar á entender y suponer que no se trata de un asunto muy sencillo, y que es posible la desconfianza.

El señor Leblanc borró aquellas tres palabras.

— Ahora, añadió Thénardier, firme usted. ¿ Cómo se llama usted ?

El prisionero dejó la pluma sobre la mesa y preguntó :

— ¿ Para quién es esta carta ?

— Demasiado sabe usted para quién es, contestó Thénardier, para la chica. Acabo de decirselo á usted.

Era evidente que Thénardier evitaba siempre el nombrar á la jóven á quien aludia ; llamándola « la Calandria, » ó « la chica, » pero sin pronunciar nunca su nombre. Precaucion de hombre hábil que sabe guardar su secreto en presencia de sus cómplices. Decir el nombre, habria sido tanto como entregarles todo « el negocio, » y hacer que supieran más de lo que necesitaban ellos saber.

Por último, le dijo :

— Firme usted. ¿Cuál es su nombre ?

— Urbano Fabre, contestó el prisionero.

Thénardier, con el movimiento de un gato, se levó la mano al bolsillo y saco de él el pañuelo cogido al señor Leblanc. Buscó la marca y la acercó á la vela.

— U. F. Eso es. Urbano Fabre. Pues bien, firme usted U. F.

El prisionero firmó.

— Como se necesitan ambas manos para doblar la carta, démela usted, yo la doblaré.

Hecho esto, Thénardier repuso :

— Ponga usted el sobre. *Á la señorita Fabre*, en su casa de usted. Yo sé que usted no vive muy léjos de aquí, en las cercanías de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, puesto que allí es adonde va á oír misa todos los días, pero ignoro en qué calle. Ya veo que usted comprende su situación. Como no ha mentido usted al decir su nombre, tampoco mentirá al decir las señas de su casa. Escríbalas usted mismo.

El prisionero permaneció un momento pensativo, después tomó la pluma y escribió :

— « *Á la señorita Fabre*, en casa del señor Urbano Fabre, calle de Saint-Dominique-d'Enfer, n.º 17. »

Thénardier tomó la carta con una especie de convulsión febril.

— ¡Esposa! gritó.

La Thénardier acudió el momento.

— Aquí tienes la carta. Ya sabes lo que has de hacer. Abajo hay un fiacre. Marcha corriendo y vuelve ídem Y dirigiéndose al hombre del destal :

— Oye, tú, le dijo, puesto que te has quitado la careta, acompaña al ama. Subirás en la trasera del fiacre. Sabes dónde has dejado el bisdoston?

— Sí, contestó el hombre.

Y colocando el destal en un rincón, siguió á la Thénardier.

Quando ya se iban, Thénardier pasó la cabeza por la puerta entreabierta y gritó en el corredor :

— ¡Sobre todo, no pierdas la carta! piensa bien que llevas en el bolsillo doscientos mil francos.

La voz ronca de la Thénardier contestó :

— Descuida. Me la he guardado en el pecho.

Apénas habían transcurrido algunos segundos, cuando se oyó el chasquido de un látigo que fué decreciendo y extinguiéndose rápidamente.

— ¡Bien! refunfuño Thénardier. Van bien de prisa.

Á ese paso, se hallará aquí el ama de vuelta dentro de tres cuartos de hora.

Acercó una silla á la chimenea, y se sentó, cruzándose de brazos y aproximando sus botas lodosas al hornillo que ardía.

— Tengo los piés frios, dijo.

Ya no quedaban en el cuarto con Thénardier y el prisionero sino cinco bandidos. Estos hombres, al traves de las máscaras ó de la tizne que cubría sus rostros, haciendo de ellos, á eleccion del miedo, carboneros, negros ó demonios, tenían trazas de hallarse como embotados, entorpecidos, mohinos y taciturnos, notándose desde luégo que estaban ejecutando un crimen como se ejecuta una faena, una tarea cualquiera, tranquilamente, sin piedad pero sin ira también, fastidiados y aburridos. Hallábanse todos agrupados, ó más bien, amontonados como brutos en un rincón, y guardaban el mayor silencio. Thénardier seguía calentándose los piés. El prisionero había vuelto á caer en su postración mostrándose taciturno. Una calma sombría había sucedido á la infernal batahola que algunos momentos ántes llenaba el desvan.

La vela, en la cual se había formado un enorme pábilo, apénas alumbraba aquella inmensa covacha, el brasero del hornillo se había también amortiguado y oscurecido, y todas aquellas cabezas monstruosas proyectaban sombras deformes en las paredes y en el techo.

No se oía más ruido que el de la respiración tranquila del viejo beodo que estaba durmiendo en el suelo.

Marius esperaba, en medio de una ansiedad que todo contribuía á acrecer por momentos. El enigma era entonces para él más impenetrable que nunca. ¿Quién era aquella « chica » á quien Thénardier había llamado también la Calandria? ¿era por ventura su « Úrsula? » El prisionero no había manifestado conmoción ninguna al oír esta palabra,

la Calandria, y habia respondido del modo más sosegado y tranquilo: No sé lo que usted quiere decir. Por otra parte, las dos letras U. F. se hallaban explicadas, querian decir Urbano Fabre y ¡Úrsula no se llamaba ya Úrsula! Esto era lo que Marius veía más en claro de todo cuanto pasaba en su presencia. Una especie de fascinación horrible le retenía como clavado en el puesto desde el cual observaba él y dominaba toda aquella escena. Allí estaba, casi incapaz de reflexión y de movimiento, abismado y anonadado por tan abominables cosas vistas de cerca. Estaba aguardando, en la expectativa de algún incidente, cualquiera que fuese, y sin poder reunir y combinar sus ideas, ignorando qué partido tomar.

— En todo caso, decía él para sí, si la « Calandria » es Ella, yo lo veré desde aquí, pues la Thénardier va á traerla. Entónces ya acabará todo esto; daré gustoso mi sangre y mi vida, si necesario fuese, pero la libentaré! Nada me defenderá.

En esto habia transcurrido ya cerca de media hora. Thénardier parecia como absorto por alguna meditación tenebrosa; el prisionero no se movía. Sin embargo, Marius creía, hacía algunos minutos, oír de vez en cuando un pequeño ruido sordo hácia el lado donde se hallaba el prisionero.

De improviso Thénardier apostrofó á su cautivo en esta forma:

— Señor Fabre, oiga usted, más vale que lo sepa usted desde luégo.

Estas pocas palabras parecian el exordio de alguna declaración. Marius aplicó atento el oído. Thénardier continuó:

— Mi esposa va á volver, no se impacienta usted. Mi opinion es que la Calandria es realmente su hija de usted, y me parece muy natural que usted la tenga á su lado. Sólo que, oiga usted bien lo que voy á decirle, con su carta de usted, mi mujer irá en busca de ella. Yo he dicho á mi mu-

jer que se vistiera decentemente, como usted ha visto, de modo que la señorita la siga sin dificultad. Ambas subirán en el coche, con mi camarada detras. En cierta parte, allá fuera de las barreras, tenemos dispuesto un bisdoston, con dos buenos caballos enganchados. Allí será adonde conducirá á su hija de usted. Descenderá del fiacre. Mi camarada subirá con ella en el bisdoston, y mi esposa volverá aquí sola á decirnos: Ya está eso hecho. Por lo que hace á la niña de usted, no la harán daño ninguno; el bisdoston la llevará á un paraje donde estará tranquila y en seguridad; y en el momento en que usted me haya entregado esa friolera de los doscientos mil francos, se le devolverá á usted su hija. Si usted hace que me prendan, mi compañero dirá la pulgarada<sup>1</sup> á la Calandria, y se acabó la función.

El prisionero no articuló ni una sola palabra. Despues de una ligera pausa, Thénardier prosiguió:

— Como usted lo ve, es cosa sencilla. No habrá mal ninguno si usted no quiere que lo haya. Yo le prevengo á usted para que sepa á qué atenerse. Le cuento á usted la cosa, tal cual ha de suceder.

Y se detuvo unos instantes, como esperando alguna respuesta; el prisionero no rompió el silencio, y Thénardier repuso:

— Tan pronto como mi esposa vuelva aquí y me diga: La Calandria va de camino, le soltaremos á usted y quedará en libertad de irse á dormir á su casa. Ya ve usted que no teniamos malas intenciones.

Las más espantosas imágenes atravesaron ante el cerebro de Marius. ¡Cómo! ¿aquella jóven que era objeto de una villana asechanza, de un rapto infame, no la traerian ya á la covacha de Thénardier? ¿Uno de aquellos monstruos iba á llevársela á un lugar oscuro, apartado y siniestro?

<sup>1</sup> Dará de puñaladas.

¿adónde la conducirían?... ¡Y si fuera Ella! Y parecía indudable que no era otra que Ella. Marius sentía pararse los latidos de su corazón. ¿Qué hacer en un trance tan apurado? ¿disparar el pistoletazo? ¿entregar en manos de la justicia á todos aquellos miserables? Pero en este caso, el hombre horrible del destal quedaria fuera de todo alcance, con la jóven, y Marius no olvidaba un instante estas horrendas palabras de Thénardier cuya sangrienta significacion entreveía claramente: *Si usted hace que me prendan, mi compañero diñará la pulgarada á la Calandria.*

Ahora ya no era sólo por el testamento del coronel, sino también por su mismo amor, por el peligro de aquella á quien amaba, por lo que se sentia retenido.

Esta situacion espantosa, que duraba ya hacia más de una hora, cambiaba de aspecto á cada instante. Marius tuvo la fuerza de pasar sucesivamente en revista todas las más punzantes y tristes conjeturas, buscando una esperanza y sin poder hallarla. El tumulto de sus pensamientos contrastaba singularmente con el fúnebre silencio de aquella guarida.

En medio de este silencio, oyóse el ruido de la puerta de la escalera que se abría, cerrándose en seguida.

El prisionero hizo un movimiento entre sus ligaduras.

— Aquí está ya el ama, dijo Thénardier.

Apénas acababa él de pronunciar estas palabras, cuando, en efecto, la Thénardier se precipitó en el cuarto, colorada, sofocada y jadeante, con los ojos echando llamas y dando gritos al par que sacudiéndose fuertes golpes con sus manazas en ambas piernas á la vez:

— ¡Las señas eran falsas!

El bandido que habia ido á acompañarla apareció detras de ella, y volvió á apoderarse de su maza-destal.

— ¿Las señas eran falsas? repitió Thénardier.

Y ella añadió:

— ¡Nadie! ¡En la calle de Saint-Dominique, número

diez y siete, no hay ningun señor que se llame Urbano Fabre! ¡No saben qué hombre es ese!

Calló unos instantes, sofocada, y despues continuó:

— ¡Señor Thénardier, ese viejo se ha burlado de ti completamente! ¡tú eres demasiado bueno, ya lo estás viendo! ¡yo, en tu lugar, le habria cortado en cuatro el tragadero, para comenzar! ¡y si él hubiera hecho el malo, le habria yo hecho á él cócer vivo! ¡ya le habria yo obligado muy bien á hablar, y á que dijera dónde está la hija, y también dónde tiene la hucha! ¡Hé ahí cómo yo habria hecho las cosas! ¡Bien dicen que los hombres son más tontos que las mujeres! ¡Nadie! ¡número diez y siete! ¡es una gran puerta cochera! ¡Á ningun señor Fabre conocen allí! calle de Saint-Dominique, y vaya usted echando los bofes, y dé usted propina al cochero, y todo! ¡Hablé con el portero, y con la portera que es una mujer muy gorda y muy guapa, no conocen á tal gente!

Marius respiró. Ella, Úrsula ó la Calandria, aquella á quien no sabía él ya cómo llamar, se habia por fin salvado. Mientras que su mujer, exasperada al extremo, vociferaba de esta suerte, Thénardier se habia sentado sobre la mesa permaneciendo unos instantes sin pronunciar una palabra, haciendo oscilar su pierna derecha, que estaba colgando, y en actitud de considerar el hornillo con cierto ademán ó aspecto de un delirio salvaje.

Por fin se dirigió al prisionero, y con una inflexion de voz lenta y singularmente feroz, le dijo:

— ¿Conque señas falsas? ¿pero qué es lo que tú esperabas con eso?

— ¡Ganar tiempo! gritó el cautivo con voz terrible.

Y al mismo tiempo sacudió sus ligaduras; todas ellas estaban cortadas; no quedando ya el prisionero sujeto á la cama sino por una pierna.

Ántes que los siete hombres hubiesen tenido tiempo de

apercibirse de lo que estaba sucediendo y de lanzarse sobre él, se había él inclinado hácia la chimenea, llevando la mano á la estufa, y enderezándose despues repentinamente; ahora ya Thénardier, la Thénardier y los bandidos, sobrecogidos de espanto y replegados al fondo de la covacha, le miraban con estupor blandiendo y levantando sobre su cabeza el escoplo enrojecido del cual se desprendia un resplandor siniestro, casi libre y en una actitud formidable.

La informacion judicial, á la cual dió lugar posteriormente esta emboscada de la casucha Gorgebeau, puso en claro haberse hallado en el desvan, cuando la policia procedió á reconocerle, una gruesa moneda de dos sueldos cortada y trabajada de un modo particular: esta moneda era una de esas maravillas de la industria que la paciencia del presidio engendra en las tinieblas y para las tinieblas, maravillas que no son otra cosa que instrumentos de evasion. Estos horribles y delicados productos de un arte prodigioso son en la joyeria lo que las metáforas del *cató* son en la poesia. El presidio tiene sus Benvenuto Cellini, á la manera que la lengua tiene sus Villon. El desgraciado que aspira á recobrar la libertad, halla medio, á veces sin útiles de ningun género, con una mala navaja, con un cuchillo viejo, de serrar un sueldo en dos láminas delgadas, de ahuecar estas dos láminas sin tocar á los grabados monetarios y de practicar una vuelta de espiral en el canto de la moneda, de suerte que se puedan adherir las dos láminas entre si nuevamente. Esto se atornilla y se destornilla á voluntad; es una caja. En esta caja, se oculta un resorte de reloj de faltriguera, y este resorte de reloj, bien manejado, corta las manillas ó los grillos de calibre, y las barras de hierro. Se cree que aquel pobre presidiario no posee sino un sueldo, siendo así que dentro de aquel sueldo posee él la libertad. Una de estas monedas gruesas de cobre, elaborada de la manera que acabamos de decir, fué lo que, en

las ultimas pesquisas de la policia, hallaron abierta y en dos mitades en el desvan, bajo el camastro que estaba cerca de la ventana. Tambien encontraron una sierra diminuta de acero azul, que podia ocultarse dentro de la moneda. Es probable que en el momento en que los bandidos registraron al prisionero, llevaba él consigo esta moneda de cobre, que logró ocultar en el puño, y que despues, teniendo la mano derecha libre, la destornilló y se sirvió de la sierrecita para cortar las cuerdas que le tenian sujeto, lo que explicaria el ruido ligero y los movimientos imperceptibles que Marius había notado.

No habiendo podido bajarse, temiendo que le descubrieran practicando la moniobra, no habia cortado las ataduras de su pierna izquierda.

Los bandidos se habian repuesto de su primera sorpresa.

— No tengas cuidado, dijo Bigrenaille á Thénardier. Todavía está sujeto por una pierna, y no hay peligro de que se escape. Yo respondo. Esa pata le ha sido ligada por mí.

Á este tiempo el prisionero levantó la voz:

— Sois unos desgraciados, dijo, pero mi vida no vale la pena de que la defendiera tanto. En cuanto á imaginaros que me hariais hablar, que me hariais escribirlo que yo no quiero escribir, que me hariais decir lo que yo no quiero decir...

Levantó la manga de su brazo izquierdo y añadió:

— Mirad.

Al mismo tiempo extendió el brazo y se aplicó en él, sobre la carne desnuda, el escoplo hecho ascuas que tenía en la mano derecha por el mango de madera.

Oyóse el estremecimiento de la carne quemada, esparciéndose por el desvan el olor propio de las salas de tormento. Marius vaciló sobre sus talones, desatinado de horror; hasta los mismos bandidos temblaron; el rostro de aquel anciano singular se contrajo apénas, y mientras que el hierro ardiendo penetraba en la carne humeante,

impasible y casi augusto, fijaba en Thénardier su hermosa mirada sin rencor, donde el sufrimiento se desvanecía en una majestad serena.

En las naturalezas grandes y elevadas, las rebeliones de la carne y de los sentidos entregados al dolor físico hacen resaltar al alma y aparecer y ostentarse en la frente, á la manera que las rebeliones de la soldadesca obligan al capitán á ponerse en evidencia.

— Miserables, dijo, no tengáis más miedo de mí que tengo yo de vosotros.

Y arrancando el escoplo de la llaga, le arrojó por la ventana, que había quedado abierta; el horrible instrumento hecho ascuas desapareció en la oscuridad de la noche, girando y dando vueltas, hasta que fué á caer á larga distancia apagándose en la nieve.

El prisionero repuso:

— Haced ahora de mí lo que queráis.

Ya estaba desarmado.

— ¡Echadle mano! dijo Thénardier.

Dos de los bandidos le pusieron las manos sobre los hombros, y el enmascarado que hacía voz de ventrílocuo se colocó en frente de él, dispuesto á hundirle el cráneo de un porrazo, con su enorme llave, al menor movimiento que hiciera el cautivo.

Al mismo tiempo Marius oyó, debajo de él, junto al tabique, pero tan cerca que no podía ver á los que hablaban, este coloquio cambiado en voz baja:

— Ya no queda sino una cosa que hacer con él.

— ¡Díjarle mulé<sup>1</sup>!

— Eso es.

Este consejo le tenían entre sí el marido y la mujer.

Thénardier se dirigió muy despacio hácia la mesa, abrió el cajón, y tomó el cuchillo.

<sup>1</sup> Matarle

Marius atormentaba el pomo de la pistola. ¡Perplejidad inaudita! Una hora hacía ya que oía él dos voces en su conciencia; la una le decía que respetara el testamento de su padre, la otra le gritaba que socorriera al prisionero. Estas dos voces continuaban sin interrupción su lucha tremenda, colocándole en una situación de verdadera agonía. Hasta este momento, había él esperado vagamente hallar un medio de conciliar estos dos deberes, pero nada posible había surgido aún. Sin embargo, el peligro hacía ya urgente en extremo una resolución; ya estaban rebasados los postreros límites de una espera razonable; á muy pocos pasos del prisionero, hallábase caviloso Thénardier con el cuchillo en la mano; preciso era pues adoptar sin demora un partido en tan apurado trance.

En el extravío de su mente, Marius paseaba sus ojos y hacía divagar sus miradas en derredor suyo, que es el último recurso maquinal de la desesperación.

De repente sintió un estremecimiento.

Á sus piés, sobre la mesa, un vivo rayo de luna llena alumbraba y parecía como señalarle un pedazo de papel. En este papel leyó la línea que en gruesos caracteres había escrito aquella misma mañana la hija mayor de Thénardier, y que decía así:

— LAS ARPÍAS ESTÁN AHÍ.

Una idea, una claridad atravesó entónces el espíritu de Marius; era el medio que él buscaba, la solución de aquel horrible problema que le atormentaba; salvar á la víctima sin dañar al asesino. Arrodillóse sobre su cómoda, extendió el brazo, cogió la hoja de papel, arrancó silenciosamente un pedazo de yeso del tabique, le envolvió en este papel y lo arrojó todo por la rendija en medio del desván.

Ya era tiempo. Thénardier había vencido sus últimos temores ó sus últimos escrúpulos y se dirigía hácia el prisionero.



— ¡ Algo ha caído al suelo ! exclamó la Thénardier.

— ¿ Qué es eso ? dijo el marido.

La mujer se había precipitado y había recogido ya el cascote envuelto en el papel, que entregó á su marido.

— ¿ Por dónde ha venido esto ? preguntó Thénardier.

— ¡ Pardiez ! dijo la mujer, ¿ por dónde quieres que haya entrado eso, sino por la ventana ?

— Yo lo he visto pasar, añadió Bigrenaille.

Thénardier desplegó rápidamente el papel y le acercó á la vela.

— Es la letra de Eponina. ¡ Diablos !

Hizo una seña á su mujer, la cual se aproximó á él viva mente, la mostró la línea escrita en aquel pedazo de papel, y despues añadió con voz sorda :

— ¡ Corriendo ! ¡ la escala ! dejemos el tocino en la ratonera y á chapescar de aquí pronto.

— ¿ Sin cortar el cuello al hombre ? preguntó la Thénardier.

— No tenemos tiempo.

— ¿ Por dónde ? preguntó Bigrenaille.

— Por la ventana, respondió Thénardier. Puesto que Ponina ha echado la piedra por la ventana, es que la casa no está cercada por este lado.

La máscara con voz de ventrilocuo puso en el suelo su enorme llave, levantó ambos brazos por alto y abrió y cerró tres veces las manos rápidamente, sin decir una palabra. Esta fué como la señal de zafarrancho en una tripulación. Los bandidos que tenían sujeto al prisionero le soltaron ; en un abrir y cerrar de ojos, la escala de cuerda fué desenrollada fuera de la ventana y fijada sólidamente al borde por los dos garfios de hierro.

El prisionero no prestaba ninguna atención á lo que pasaba en derredor suyo. Parecía como que estaba soñando ó rezando.

Tan pronto como la escala estuvo ya colocada exclamó Thénardier :

— ¡ Venga corriendo el ama ! ¡ ven tú, mujer !

Y se precipitó él hácia la ventana.

Pero en el momento en que iba ya á levantar las piernas, Bigrenaille le cogió rudamente por el cuello.

— ¡ Nada de eso ! le dijo, ¡ viejo farsante ! ¡ despues de nosotros !

— ¡ Despues de nosotros ! aullaron los bandidos

— Sois unos chiquillos, dijo Thénardier, estamos perdiendo el tiempo. Los chineles vienen ya pisándonos los talones...

— Pues bien, dijo uno de los bandidos, echemos suertes á quién pasará el primero.

Thénardier exclamó :

— ¡ Estáis desvariando ! ¡ estáis locos ! ¡ Vaya una cuadrilla de papanátas ! perder así el tiempo, ¿ no es verdad ? tirar ahora á la suerte, ¿ no os parece ? ¡ echar pajas ! ¡ ó á cara y cruz ! ¡ escribir nuestros nombres ! ¡ echarlos en una gorra !...

— ¿ Queréis mi sombrero ? gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos miraron atras. Era Javert.

Tenia el sombrero en la mano, y se lo alargaba sonriendo.